

Matías Serra Bradford

Manos verdes

editorial  minúscula
BARCELONA

© 2004, 2025 Matías Serra Bradford

© 2025 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: octubre de 2025

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: © iStock.com/Joyce Stemmler

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 979-13-990040-5-2
Depósito legal: B-18.572-2025

Printed in Spain



I

Martes

Siempre lo digo, ningún jardín se parece. La gente lo repite sentada o de pie y cree a punto de convencer al que está ahí para no escuchar, y es no. Dele Nieves, qué le hace otro, como si al decir todos iguales, trabajar en uno fuera trabajar en todos a la vez. Si el tiempo fuera así y así de fácil. Tres años, cinco, y apenas el principio. Digo lagunas y las ves, pruebo la temperatura con un dedo, más de seis casas mentira, hacelo saber. Una por día y el domingo tu descampado. Retoños, ciempiés, drenaje, fecundaciones, qué van a ser palabras ensayadas, no hay otro momento que no sea este. Cada jardín exige, y cuenta los pasos, una jornada entera, en blanco y negro o color. Horquilla, vástagos, azada, tiempo completo. Sin pretensiones de dar por terminada tal tarea o tal otra. Las señoras juegan con sus edades en la mesa al sol, las cartas y el conteo las ayudan a enroscarse. Frías y rechonchas, secas y socarronas las mulas, nunca una taza volcada. Un jardín se cuida solo, o casi, y en esa fantasmagoría entrás y salís. Deciles, señora, imposible. Trabajaría en lo de su amiga, escuche, quisiera, conviene, claro, cómo no. Si otros, allá ellos. En un descuido, el piletero o el techista aparecen disfrazados de vaquitas de San Antonio. Siempre hacés más de lo que te piden o menos de lo que te prestan, cada momento trastoca la medida del anterior. Cuanto menos cómodo, más me

alejo de mí mismo y más cosas suceden. No sos malo con nadie, enseguida tenés trabajo. Explicate mejor, decí, la helada, la pelota en el cerco, el cerco rastrero, las hojas en la pileta se animalizan, alimañas las nueces podridas, la rosa china y su pose afectada, el grateus y sus enemigos declarados, los corales y las petunias infecciosas, las pelotas que ponen los arbus-tos como huevos. Ya te conocen, en eso montás la bicicleta y las dejás en medio de la frase, ya saben, qué quieren, la ver-dad. El rosal silvestre una mujer aflautada y recelosa, cada pétalo una cita, los aguijones disimulados. Cambiá la pausa en el banquito por madreSelva para las polillas.

El perro de un asesino te sigue tan alegre como otro y así una nariz debería acercarse a la tierra. A un perro es fá-cil envidiarle virtudes pero nada como esa distancia que va del piso a su nariz. La tuya fue célebre mientras la cara no se decidía a acompañarla pero nunca llegó a tanto, si no empe-zaste a hablar hasta los cuatro, trepado al árbol como limpiando una chimenea.

De a ratos la bicicleta va escorada, de a ratos navega a oreja de burro. En su montaña rusa, los pedales rozan el sue-lo y le suman pies al viento. Treinta años de cuidar jardines y el tiempo el mismo misterio. Los truenos llegan sin mo-verse, como si el gasto lo hiciera otro. Van en zuecos arriba, y acá abajo las ranas cantan como si pudieras si no te entra-ra agua. El alguacil no anunciaba lluvia sino un arresto o en todo caso una casualidad. La gente descuelga la ropa pen-sando que al menos algo se sostuvo. Gata cuando llora, una comadreja de la zona pega el cuerpo a una ventana, el susto la aquieta y, decilo, le da margen a la furia previa al temporal para imprimirse a dos colores en su cola sin fin. Años para trabajar en una región que pudieras recorrer en bicicleta de

cartero, no sabe lo que lleva y espera cartas y declaraciones como cualquier otro. Alamedas que absorben cigarrillos mal terminados y otros desperdicios ecuestres de las visitas de paso. Floresta orinada, desniveles de la edad de hielo colonizados por vidrio, hormigón y metal, a la espera de un último adelantado. Cruzo el puente sobre la ancha boa de cemento que dice unir todo un continente, paralela a barrios poco poblados, vigilados por guardianes fosilizados y orondos, no puedo mentir, sus abismos y aletazos se estudiarán en su debido momento. Autopista flanqueada por automotrices extranjeras, cementerios donde circulan vehículos que trasladan ancianos que vienen a despedir, interceder o visitar a alguien de más o menos edad, hoteles alojamiento donde ingresan edades y capacidades dispares en autos con vidrios polarizados o escritos a dedo. Por la senda paralela, uno avanza mirando el piso sin levantar la vista, no como pertinencia sino como ejercicio. Otro se aprende algo de memoria y otro usa la espalda de un amigo para apoyar un papel y anotar un nombre. Buen tiempo serían dos horas en bicicleta de acá a la ciudad del río. No digo hoy, otro día, un domingo de ramos. Hacia las banquetas y cunetas desembarcan escuadrones de jardineros con bordeadoras y tractores de juguete, decilo, a recortar el exceso de tiempos muertos y triturar los restos que caen de ventanas velocísimas. Mientras su almuerzo es ahora mismo parte del gusto en la boca, apuestan entre ellos qué durará más de lo que están plantando.

Por qué no poder decir, de un lado de la pendiente, del otro bancos de arena alfombrados de verde en el límite de un jardín fortificado, y decir, por el medio avanza el silbido de un jardinero, su cuerpo con un leve retraso, como hacia un palacio imperial. Vas solo, manos y dientes, todo aprendido en un manual mordido con castores. Elegiste ser jardinero

como si tu padre hubiera sido millonario. Te rodea lo que buscabas, un cinturón boscoso agujereado por islotes de silencio, una euforia boreal. Cercas y cercos donde hibernan liebres y culebras, pocas, casi un invento. Árboles escritos, pequeñas casas construidas para construir otras, emporios y acantilados. Las casitas pasajeras del lado de afuera, a un costado de la ruta, derrumbadas, conquistadas por verdes agrios y dulzones y los cólicos de un escribano. No digo hoy, mulitas que van y vienen espiando desnudos y corriendo a esconderse. No sé si es mi distracción que vuela de un pensamiento a otro o el pájaro que va de una rama a otra que me lo hace creer.

Cerca de los sauces y del agua que acompaña este tramo, veo venir a Perdida y a quien habla a través de Perdida, las medias mojadas antes del primer chaparrón. Contesto con el gusto de higos secos en la lengua, y después de las primeras palabras no puedo saber si el higo respira por su boca o por la mía. Las respuestas se suman y suben a los insectos en el viento.

—Nieves, ¿me recuerda dónde queda Manzanares?

—Aquellos árboles retorcidos, Perdida, y las torres de alta tensión. Membrillera, decís...

—¿Los árboles parecen torres o las torres son...?

—No, no, por un lado los árboles, más arriba las torres.

—¿Y Manzanares abajo de las torres y los árboles?

—Membrillera y chicos que dibujan tirados en el pasto.

Una hoja trémula el cuerpo, una mulita los pies, Perdida gira y se aleja detrás de una mariposa con aires de nube.

Acá tenés, para empezar, a un lado de la entrada el laurel, traído y llevado, meses esperando un dignatario o un